

dus est ad dilectionem Dei. IDEM.
LIB. CONTR. ADIM. 6.

Omnis homo homini proximus.
Non est cogitanda longinquitas
generis, ubi est natura commu-
nis. IDEM. LIB. DE DOCT. CHRIST.

Charitas est glutinum anima-
rum, societas fidelium, otio non
frigida, actione non fracta, non
fugax, non audax, non præ-
ceps. IDEM. IBID.

In charitate pauper est dives,
sine charitate omnis dives est
pauper. Charitas in adversitati-
bis tolerat, in prosperitatibus
temperat, in duris passionibus
fortis est, in bonis operibus hi-
laris est, in tentationibus tuti-
sima, in hospitalitate latissima,
inter bonos fratres lætissima,
inter falsos patientissima. IDEM,
DE LAUDE CHARIT.

Tantum quilibet portat proxi-
mum suum quantum amat: si
enim amas, portas; si desiisti
amare, desiisti tolerare. GREG.
IN EZECHIEL.

Charitas in adversis non de-
ficit, quia patiens est; inimicis
non rependit, quia benigna est;
felicitas aliena eam non cruciat,
quia non æmulatur; conscientia
mala non pungit; quia non agit
perperam. BERNARD. TRACT. DE
CHARIT.

no seguro para obtener el amor
de Dios.

Todo hombre es prójimo de
otro hombre: no hay, pues, que
pensar en la distancia del paren-
tesco, donde es comun el origen.

La caridad es el vínculo de las
almas y la sociedad de los fieles,
que no relaja la pereza, ni can-
sa el trabajo; que no es in-
constante, temeraria, ni precipi-
tada.

El pobre con caridad es rico;
el rico sin caridad es pobre. La
caridad es sufrida en la adver-
sidad, en la prosperidad templa-
da, fuerte contra las duras pa-
siones, contenta en el bien obrar,
firme en las tentaciones, gene-
rosa en la hospitalidad, alegre
entre los buenos hermanos, y
paciente entre los falsos.

Cualquiera tolera al prójimo
en proporción de lo que le ama;
el que le ama súfrele: desde el
momento en que dejas de su-
frirle, dejas también de amarle.

La caridad no desfallece en la
contradicción porque *es pacien-*
te; no se venga de los enemigos
porque *es dulce y bienhechora*;
no le atormenta la prosperidad
ajena porque *no es envidiosa*;
no le remuerde la conciencia
porque no obra mal.

AMOR DE LOS ENEMIGOS.

I.

Ego autem dico vobis: diligite inimicos
vestros.

Yo os digo: amad á vuestros enemigos.

(*Math. v, 44.*)

Confieso, hermanos míos, que no contiene el Evangelio en mate-
ria de costumbres máxima mas perfecta, ni precepto mas heróico,
que el que nos manda perdonar á nuestros enemigos, y amar y hacer
bien á los que nos hacen mal y nos aborrecen. Bien sé, que en el
corazon del hombre todo repugna á este precepto: que nuestro re-
sentimiento naturalmente se aviva con la memoria de la injuria: que
nuestros sentidos se conmueven á sola la vista del enemigo: que la
venganza se mira hoy en el mundo como pasión propia de almas
grandes: que casi se ha colocado ya en la clase de las virtudes; y
aunque se confiesa de buena fe, que es contraria al Evangelio, se
cree, á lo ménos, poderse defender, que no repugna á la razon. Por
estos motivos, que tanto ensalza el mundo, no es extraño, que mu-
chos oradores cristianos se hallen como desconfiados cuando persua-
den el amor de los enemigos. Porque lo tengo de decir como lo sien-
to, este es tal vez el precepto mas árduo de la religion, y en cuyo
cumplimiento se hallan los mayores embarazos y dificultades. Hay
montes que allanar, cuando se trata de perdonar las injurias: el amor
propio saca la cabeza, el respeto humano sofoca los buenos senti-
mientos que nacen en el corazon, la nota de cobarde se viene inme-
diatamente á los ojos, y las gentes califican de ruin, de pusilánime y
de menguado á cualquiera, que abraza á su enemigo é imprime óscu-
lo de paz en su rostro. ¡Triste situacion la nuestra en que todo cons-
pira para perdernos! ¡Qué opuestas son las máximas perversas del
mundo á las máximas sacrosantas de Jesucristo! El mundo persuade
la venganza; Jesucristo intima la reconciliacion: el mundo fomenta

el odio; Jesucristo predica la paz: el mundo instiga al encono y mala voluntad de nuestros hermanos; Jesucristo quiere que no tengamos voluntad sino para el amor, ni manos sino para el beneficio. ¡Grandes contrariedades! Pero el mayor dolor es, que las leyes criminales del mundo han de prevalecer contra la ley santa del Salvador. Sin embargo, hermanos, me debeis agradecer este buen concepto, que tengo formado de vosotros. Yo siento dentro de mí mismo gran confianza cuando trato esta materia: confiado, por una parte, en que el Señor ha de favorecer mis rectas intenciones, persuadido, por otra, de que hablo á un auditorio de pecho abierto y generoso, concibo ciertas esperanzas de que mis palabras han de producir el fruto de la reconciliacion y el amor de los enemigos. Fundo mi persuasion en dos motivos, que serán los dos puntos de este discurso; en que Jesucristo lo manda, y en que la razon lo dicta. Jesucristo manda el amor de los enemigos; esto basta para un cristiano: la razon dicta el amor de los enemigos; esto basta para un hombre racional. O bien se considere al hombre como cristiano, ó bien como sociable y político, está obligado á perdonar á su contrario; y no haciéndolo así, viola á un mismo tiempo la religion y la humanidad. Os lo demostraré despues de implorar la gracia. A. M.

1. Aunque el amor de los enemigos haya obligado en todos tiempos; aunque la venganza de Cain y de Saul haya sido siempre execrable á los ojos del Señor; aunque el volver bien por mal haya sido precepto expreso de Dios en todas las épocas y edades del mundo; podemos decir, sin embargo, que este es un mandamiento nuevo de nuestra religion sacratísima, porque el sumo legislador le ha intimado por su propia boca, y le ha dado especial fuerza con la autoridad de su palabra: *Ego autem dico vobis*. Tal vez habreis oido decir, (así hablaba el Salvador á sus discípulos), tal vez habreis oido decir á los antiguos, que se debía amar al amigo y aborrecer al enemigo; pero yo os digo, que habeis de amar á vuestros mayores contrarios, y habeis de hacer bien á los que os aborrecen. Aquella doctrina ha sido perversa y criminal, inventada por los vengativos é iracundos, apoyada por los paganos y adoptada por los fariseos, que tienen hiel de dragon y entrañas de víbora para con sus hermanos. Mi ley es ley de suavidad y dulzura, ley de paz y de concordia, ley de caridad y de union: amar á quien hace bien, no lleva consigo mérito, porque es inclinacion natural, y mi ley no fuera divina si no llevara algun carácter superior que la distinguiese. Por lo tanto, el que ha de alis-

tarse en mi escuela, el que ha de profesar mi doctrina, se ha de despojar de resentimientos, disensiones y discordias; ha de tener corazon de paloma, y ha de vivir en el reino de la paz. Que no venga, pues, á ofrecermé sacrificios, ni ménos se llegue al altar, si tiene con su hermano alguna queja; reconciliése antes que me venga con dádivas ni presentes: no admito sus ofrendas ni sus dones, si su corazon se halla hirviendo en odios ó en deseos de venganza.

Estas son las palabras, que á cada paso repite el Salvador, y no es menester multiplicar testimonios cuando consta por los evangelistas, que Jesucristo vino á establecer un reino nuevo de amor y alianza firme en los corazones de los hombres. Sentado este principio, arguye san Juan Crisóstomo con aquella energía propia de su elocuencia, y reconviene á los suyos con una paridad terminante á que no pueden responder. ¿Quién de vosotros, les dice, quién de vosotros dejaria desairado al monarca, si éste se empeñase en una demanda, que estuviera en vuestra mano? Supongamos, que estás reñido con otros, y que te asisten motivos robustos para el rompimiento, que no experimentas mas que desaires, injurias y traiciones, y una intencion depravada y perversa de hacerte cuanto mal pueda. Se presenta á tu vista el Príncipe de las Españas, y te dice: Ha llegado á mi noticia la enemistad en que vives con tu vecino; sé tambien los motivos que te ha dado para la queja; pero basta de rencillas y malas voluntades: yo estoy empeñado en hacer estas paces; deja á un lado todo respeto á la union, y atiende únicamente á que yo lo quiero. No puedo persuadirme, ni os persuadiréis vosotros, que hubiese alguno tan desatento, que se resistiera á la expresa voluntad de una persona real: desde luego se darian al olvido cuantos motivos de etiqueta y disension sugiriese el amor propio: bastaria la mediacion del Príncipe para allanarse á la paz, aunque fuese á costa de los mayores intereses y sacrificando los mas vivos resentimientos del corazon.

Pues yo no sé, que todos los emperadores, reyes y soberanos del mundo puedan ponerse en balanza con el Rey de los siglos, monarca eterno y señor absoluto de cielos y tierra. Éste es el interesado en el perdon del enemigo, éste se empeña, éste lo quiere y lo manda: *Ego autem dico vobis*. Y á este personaje tan alto se deja desatendido, y no puede alcanzar el Rey de la gloria lo que se concederia con facilidad al rey de la tierra. ¡Oh insensatez del corazon humano! Pesad, hermanos, esta razon en el peso del santuario, y decidme si os hace fuerza. ¿Qué tienes que responder, iracundo, cuando todo un Dios se pone por medio? Dile á tu corazon, que se

deje de esas pequñeces y cavilosasidades de la política mundana; no repares si eres tú el ofensor ó el ofendido, el que agravó ó el agraviado; si te dieron causa suficiente para desviarte del trato y comunicacion con aquella familia ó con tus mismos parientes; no esperes que te den satisfaccion de la injuria; esto fomentará un odio eterno y una separacion escandalosa: mira solamente que Dios lo manda: *Ego autem dico vobis*. Si se te pone delante el puntillo de honra, la nota ó sobrescrito de ruin y de cobarde, el respeto del mundo, las hablillas de las gentes, desprecia todos estos pretextos frívolos, y mira solamente que Dios lo manda: *Ego autem dico vobis*. Tú pudieras vengarte á proporción de la ofensa, darle en rostro con su mal procedimiento, procurarle un daño irreparable ó en la vida ó en la hacienda; pero sofoca estos movimientos arrebatados, da lugar á que se pase la cólera, vuelve sobre tí, y reflexiona solamente, que Dios lo manda: *Ego autem dico vobis*.

No te contentes con las comunes saluciones, que no pasan de la boca, ni con ciertas exterioridades, que no son mas que una pura disimulacion y un odio disfrazado con velo de cortesania y de cumplimiento; descúbrelle el fondo del corazon, y dale á entender con llaneza, que si él tuvo atrevimiento para injuriarte, tú tienes generosidad para condonarle la injuria. Ved aquí, hermanos, insensiblemente tocado el modo de la reconciliacion, ó por decirlo mejor, la sustancia de esta obra: el Señor manda el perdon de los enemigos, y que los perdonemos de corazon: este es el trono en donde Dios reposa para reinar sobre nosotros con imperio, el templo en donde recibe nuestras primeras adoraciones, el santuario en donde le ofrecemos el incienso de nuestros respetos, y el altar en que se le sacrifica la primera víctima. Del centro, pues, de este trono, de este templo, de este santuario y de este altar ha de salir el amor que debemos á nuestros enemigos. Fuerte mandamiento por cierto, pero indispensable. Si el corazon no se ablanda, se inclina, se humilla, se rinde y se somete, nada se cumple de lo que Dios manda: aunque tuvieseis toda la pureza de los ángeles, toda la fe de los patriarcas, y todo el zelo de los apóstoles, sin este amor interior, que os predico, nada cumpliriais de lo que Dios manda. Ocultad en este instante vuestro encono debajo de la mas bella apariencia; exhalad vuestra alma en suspiros y oraciones al pie de los altares; vivid en un total retiro del mundo y sus placeres; practicad las mayores austeridades; subid con vuestra contemplacion hasta el tercer cielo; obrad tambien grandes milagros; si no amais en lo interior del corazon á vuestros enemigos, nada habeis cumplido de lo que Dios manda.

A la luz de esta doctrina juzgad vosotros mismos, si vuestras reconciliaciones merecen nombre de tales; que yo sospecho, no sin grave fundamento, que han sido solo, si acaso lo han sido, paliadas, disimuladas y fingidas, porque no han nacido del corazon. Ya le dije á mi contrario, dice uno, que le perdonaba la ofensa; con esto he cumplido mi deber; pero no quiero tratarle en adelante: su vista me perturba, su memoria me irrita; estése cada cual en su casa, que no quiero su amistad para nada. Pues ¿no ves aquí, que aquella paz fué una pura ceremonia, y que el encono no se apagó, sino que está escondido entre cenizas? ¿No te alegras cuando se murmura de su conducta, y aun tú serás el primero en morderle la estimacion y la honra? Prueba evidente de que tu corazon no está mudado para él, y que conservas todavía vivas chispas de odio y de venganza. Tal persona, dice aquel, me hizo una burla muy pesada de que no pude tomarme satisfaccion correspondiente; vaya con Dios, yo le perdono por ahora; pero tal vez vendrá tiempo en que vuelva por mis intereses, y le salga bien caro su atrevimiento. ¡Bella reconciliacion! Estás fulminando venganzas para en adelante, y protestas que le perdonas; no nace del corazon esta paz, es forzada, y solo durará mientras te vieres abatido. Hermanos, el demonio nos lleva extraviados por diversos caminos en este punto, y el mayor dolor es, que el pueblo quizás se arde en disensiones, y cada cual se lava las manos y se reputa inculpable ó libre del precepto de la reconciliacion. Se frecuentan los sacramentos, y de un punto tan esencial no se hace escrúpulo. El uno porque es mayor, el otro porque es el agraviado, éste porque es caballero, aquélla porque es señora, se ven familias envejecidas en odios de muchos años, sin haber quien las reduzca á la paz y caridad fraternal. Muchas veces, por cosas de ninguna importancia, se conservan etiquetas y antipatias, que son el escándalo del pueblo y la ruina de la sociedad. En no haciéndose cargo de que Dios lo mandó, y que esto solo ha de bastar, no hay fuerzas para vencerse.

Dios lo manda, y con su mismo ejemplo nos precisa á cumplirlo. Subid al monte Calvario, dice san Agustin, y á vista de un Dios, que perdona á sus propios verdugos, aprended á perdonar á los que os han hecho algun agravio: *Vide pendentem*. Contempladle morir en una cruz por aquellos que le han clavado en ella. *Vide clamantem*. Escuchad la súplica, que hace á su eterno Padre en favor de todos sus enemigos. Aplicad el oido á la peticion, que hace de no aborrecer á los que él tanto ama. ¿Cómo, pues, continúa san Agustin, Jesu-eristo no se vengó ni pidió ser vengado, antes bien, todo lo contrario,

y vosotros, no solamente respirais venganzas, sino que pretendéis quitar á Dios el derecho que á él solo le compete? ¡Oh criado inicuo! *serve nequam*, ¿no te he perdonado millares de veces todas tus deudas, y aun hoy te convidó con mi gracia, y tengo todos mis tribunales abiertos para tí? *Nonne debitum dimisi tibi?* ¿Por qué, pues, no quieres perdonar tú á vista del ejemplo que te he dado, del orden que te he prescrito, de las instancias que te he reiterado, de las promesas que te he hecho, y de los castigos con que te amenazo? ¿Cómo tienes atrevimiento á pedir, que te perdone así como tú perdonas á los otros? ¿Quieres, pues, que como los tratas sin consideración, te trate yo sin misericordia? A vista de este ejemplo de un Dios que agoniza, y que ruega por los mismos que le hacen morir afrentosamente, no sé qué puedan responder los rencorosos y vengativos: mirándose en el espejo de un cordero inocente, que derrama su sangre por lavar nuestros odios y rencores, no sé cómo no se avergüenza el mundo de abrigar todavía sentimientos de indignación y de odio. Amemos al enemigo, porque Dios lo manda por su boca, y lo persuade con su ejemplo. Esto basta para un cristiano; y yo añado, que esto es conforme á la honra de bien, á la recta razón del hombre, y á las leyes de la humanidad.

2. Los hombres son naturalmente sociables, gustan de tratarse con los de su especie, y sus delicias las tienen puestas en una recíproca comunicación de voluntades. Mientras dura en alguno la aversión á su prójimo, padece una agitación interior, que descomponen todos sus afectos, trastorna sus medidas, turba su quietud y su reposo, y bástale una sola gota de este licor ponzoñoso del odio para acibarar todos sus gustos, y llevar continuamente consigo un tirano que le martiriza. No es menester para el convencimiento de esta verdad registrar escrituras, ni revolver historias: cada cual dé una simple ojeada á su corazón, si acaso le tiene herido de esta pasión tiránica, y verá las mareas que se levantan en este mar encrespado y en este golfo soberbio. Es una furia, que le despedaza por puntos, una fiebre, que le consume las carnes, un ardor inextinguible, que le quema el corazón y las entrañas, y aguda saeta, que se vuelve contra el mismo que la dispara. La dulzura, la tranquilidad y el reposo se han alejado de su casa; el tumulto y la discordia habitan en lo interior de su alma; el sueño huye de sus ojos; la imaginación se alimenta de especies funestas y sangrientas, la comida le daña, el juego no le divierte, todo trato le es pesado, y, en fin, un corazón poseído de odios y de rencores es verdugo de sí mismo. Yo no quiero recordaros los efectos lastimosos de esta pasión desbocada, los

reinos asolados, las ciudades arruinadas, las casas demolidas, las vidas perdidas, las haciendas acabadas, toda consecuencia de enemistades y triste parto de las venganzas. Luego, todo vengativo se opone al buen orden de la razón, y en vez de ser miembro de la república, es azote de la sociedad.

Bien sé, que se hallan hombres, mejor dijera, demonios, que atizan el fuego de las discordias, que se complacen de ver á dos encontrados y malquistos, y en vez de ser fiadores de la paz, son fomento y yesca de la disensión. Bien sé, que se hallan parientes ó extraños del ofendido, que le ponderan la ofensa, le reproducen el agravio, y aun le dan nuevos colores para estimularle á la satisfacción, y persuadirle el encono bajo el pretexto de valentía, de honor, de deber ó de razón de estado. Estos son ministros de Satanás, mensajeros del infierno, piedras de escándalo y abominación, nacidos únicamente para borrar cualquier buen sentimiento de humanidad. Pero ¿quiénes son éstos, que venden con aplauso semejantes consejos? Ya lo he dicho, hermanos; unos hombres díscolos y perdidos, unas fieras carniceras, y, en fin, la escoria de la república. Consultad á los hombres sensatos, á sugetos de razón y de peso, y vereis cuán contraria sentencia os dan en esta causa. A buen seguro, que un hombre racional no persuade la venganza: luego, la venganza se opone directamente á la razón del hombre. El decir de las gentes es trampantojo de necios ó desvanecidos. Los que van repitiendo, que no deben colocarse en la clase de las gentes de forma, son una porción ínfima del vulgo impetuoso, que solo sigue los primeros impulsos de la brutalidad.

Siempre he admirado la respuesta de un caballero valiente, pero cristiano, el cual provocado de su enemigo para el desafío, respondió al criado que le trajo el mensaje, en estos términos: Dile á tu amo, que estoy pronto á reñir con él y con veinte como él, como ese papel que me envía me lo dé firmado de dos teólogos doctos. Que fué lo mismo que decirle: siempre y cuando hombres de seso y de juicio aprueben estas acciones sanguinarias, estos enconos y violencias, estos odios y venganzas, me hallarán desde luego dispuesto á presentarme en el campo del duelo hasta quitar ó perder la vida, que tengo aliento para todo; pero si semejantes acciones no las aprueba la razón ni la humanidad, digan lo que quieran las gentes vulgares é insensatas, no me moveré á tomar la espada, aunque sea á costa de mi honra. Respuesta verdaderamente digna de entallarse en láminas de bronce. Si mi enemigo me ha ofendido, yo quiero perdonarle la ofensa; si él conserva entrañas de

hiel para conmigo, yo conservo corazón de dulzura para con él. ¿Quién será más digno de alabanza, aun á los ojos del mundo, el que renuncia sus derechos para conservar la paz con el prójimo, ó el que quiere sostener los puntos de la soberbia á costa de la opresión de su hermano? Y no me digan que esto es ruindad ó bajeza; porque les responderé, que no entienden lo que dicen: este es el mayor heroísmo de la virtud. No hay obra más costosa ni empresa más difícil, que el vencerse á sí mismo, y no hay mayor vencimiento, que querer bien á quien nos quiere mal. No era cobarde David, sino tan esforzado y valiente, que despedazaba los osos y los leones, y, con todo, jamás pudo resolverse á tomar venganza de Saul, su capital enemigo, pudiéndolo hacer muy á su salvo, porque lo tuvo por la mayor vileza é ignominia. José, aquel grande hombre, que fué vendido por sus hermanos, y que llegó á ser el señor de todo Egipto, ¿qué bien hubiera podido lavar la injuria en su propia sangre! Pero su corazón era harto generoso para dejarse manchar con tales villanías. Moisés ¿qué conspiraciones no tuvo en su mismo pueblo! Pero su alma era muy noble y muy superior á la negra pasión de la venganza. Los primeros hijos de la Iglesia, ultrajados, perseguidos, azotados, aborrecidos de muerte por los tiranos, ¿cómo les pagaban estos agravios? Escuchad á Tertuliano, que ha conservado sus palabras: Vosotros, decían, vosotros nos maltratais, nos oprimís, nos despedazais y bebéis de nuestra sangre; pero no podéis apagar la llama del amor con que os deseamos todo bien: vosotros nos despojais de la ropa de la libertad y de la vida; pero nos queda el poder de rogar por vuestra prosperidad y salud: vosotros nos atáis las manos; pero nuestras manos atadas se levantan al cielo á implorar su protección en favor vuestro: vosotros nos mirais como enemigos; pero nosotros os miramos como hermanos amados en Jesucristo, como hijos del mismo Padre y herederos del mismo reino. ¿A quién no moverán estas palabras? ¿Qué pecho no ablandarán estos sentimientos nobles y generosos, propios de la religión y dignos de la humanidad?

Quede, pues asentado, que la venganza es propia de locos, de ruines y cobardes; y que no hay valor que pueda compararse con el de aquellos corazones generosos, que no hacen caso de los agravios recibidos: que el perdonar las injurias es carácter propio de hombres de superior clase; y que no hay señal más clara de la grandeza de una alma que hacer bien al malhechor. Esto practicaron los héroes del paganismo, los mártires y santos de la

religión, y esto debe hacer cualquiera que se estime. Si alguno de vosotros, á pesar de estas razones, mantiene todavía la llama del rencor y del odio, tema justamente igual rigor y justicia del juez terrible y soberano: con la medida que midiere será medido; y si no perdona á sus hermanos, no espere perdón del Padre de las misericordias, siempre inexorable con los vengativos. Dios haga por su infinita bondad, que cesen entre vosotros las quejas y disensiones, que os ameís con un amor recíproco como hijos de Jesucristo y destinados á una misma herencia y felicidad, y que yo pueda decir con alegría de mi corazón, que mis palabras y persuasiones no han sido vanas, sino que han producido en vosotros frutos de paz y de concordia, que son frutos del Espíritu Santo, para que viviendo unidos con lazos de caridad en esta vida, os ameís y os goceís eternamente en las moradas de la gloria.

AMOR DE LOS ENEMIGOS.

II.

Ego dico vobis: diligite inimicos vestros.

Yo os digo amad á vuestros enemigos.

(*Matth. v, 44.*)

Lamentable desgracia es, por cierto, que ofuscados nuestros carnales ojos con el brillo de la hermosura falaz de que exteriormente se hallan revestidos los bienes de este mundo, nos dejemos, por fin, seducir, y lleguemos á satisfacer el deseo de gozarlos; que atraídos de la suave dulzura de la miel, de que los suponemos llenos, nos decidamos á gustarla, tragando el fatal veneno oculto y mezclado en ella. Lamentable desgracia es, repito, pues, por unos gustos tan momentáneos, por una hermosura tan frágil y aun aparente, por un interés vilísimo, nos cegamos hasta el punto de precipitarnos en el

mayor abismo de miserias. Pero es sin comparacion mas doloroso, que muchas veces, sin interés que nos mueva, sin placer que nos atraiga, sin belleza que nos deleite, nos dejemos arrastrar por las instigaciones de la soberbia, del desordenado amor propio, á un pecado, que nada tiene que no sea deforme y fiero, aun en el exterior; á un pecado enemigo de la salud, ajeno del honor, contrario á la tranquilidad; á un pecado, que reprueba la recta razon, detesta la humanidad, y condena terminantemente la Religion de Jesucristo; al ódio implacable, al rencor desapiadado, á la cruel venganza. Vicio monstruoso, diametralmente opuesto al precepto que nos impone Jesucristo en su Evangelio, de amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos aborrecen, y orar por los que nos persiguen y calumnian.

Diametralmente opuesto; porque si nuestro enemigo nos quitó el honor ó la fama con su injusta murmuracion, si nos ultrajó con palabras un tanto denigrativas, si nos causó algun perjuicio, aunque leve, en nuestros intereses, aprovechamos la primera ocasion que se nos presenta para descubrir los defectos que mas le deshonoran, procurando tal vez aumentar su deformidad, si es que no tenemos la grosera osadía de inventarlos; de suponer vicios que jamas ha cometido; y todo esto con el depravado fin de degradarle, de envilecerle en la opinion de sus amigos y compañeros, y aun de procurarle las burlas é insultos de los mas atrevidos. En esto ciframos nuestra satisfaccion, este es nuestro mayor placer. ¡Qué locura! Mirate, soberbio vengativo, mírate con cuidado, despues de conseguida tu venganza, no en el espejo de la Religion ni en el de tu conciencia, sino en el de la razon y de la humanidad; y dime ingenuamente: ¿qué ventajas has reportado? ¿cuáles son los frutos que has recogido? ¿ha adquirido mayor nombre tu reputacion? ¿recobriste tu honor perdido? ¿has logrado acrecentar tus intereses? Pero, ¡ay! que regularmente sucede lo contrario.

Yo pudiera recordaros los tristes resultados de la venganza para moveros á abandonarla, á renunciar para siempre á un medio tan degradante como insuficiente para recobrar el honor ó los intereses perdidos; pero quiero mas bien excitaros al amor de vuestros enemigos con el ejemplo y el precepto de Jesucristo, por ver si de este modo consigo mayores frutos. A. M.

1. ¡Infeliz situacion la del pecador! Declarado por la culpa enemigo de Dios y hecho objeto de su indignacion, ¿qué seria de él, si el mismo Señor, á quien ha ofendido, no le tendiera su mano pro-

tectora para sacarle de tan lamentable estado? Pereceria sin duda. Pero, ¡ay! que desgraciadamente olvida que todo lo debe á la misericordia infinita de su Dios, y aun tiene la ingratitud de rebelarse temerario contra su mismo bienhechor; contra aquel Dios, que por un puro efecto de su bondad le ha dado el sér, la gracia y los bienes que le enriquecen, y le promete la gloria que le hará feliz: contra este Dios se rebela el hombre ingrato. ¡Qué vileza! ¡qué alevosía! Pero ¡qué bondad, qué paciencia, qué misericordia la del Señor! Al mismo tiempo que así le desprecia la miserable obra de sus manos, le prepara él, le ofrece, le franquea nuevos y mayores beneficios. Cuando el vil se está fabricando su ruina y su condenacion eterna, compadecido este Dios amoroso de la miseria, que todavía no conoce él, está formando el asombroso proyecto de darle su mismo Hijo para su remedio. El Dios de la majestad se humilla, el Criador se hace hijo de una criatura, el Eterno nace muchos siglos despues de criado el mundo, el Inmenso se encierra en la pequeña cárcel de una madre Virgen, Dios se hace hombre, solo porque el hombre pueda reconciliarse con Dios.

¡Oh caridad incomparable de mi Dios! ¡Oh feliz y dichosa culpa, diré con la Iglesia santa, que mereció un Redentor de tanto precio, de tanta dignidad y excelencia! ¡Oh culpa! tu fuiste necesaria para conseguir el conocimiento correspondiente á nuestra debilidad, del amor inmenso, de la caridad infinita, de la misericordia incomparable del Señor. Yo le ofendo, y él me busca amoroso para conducirme á su gloria; le injurio, y se humilla para dar la satisfaccion que yo debo; le aborrezco, y me pone en la precision de amarle; intento despojarle de sus bienes, y generoso me da todo su sér, dándose á sí mismo. Me espanto, me horrorizo al considerar la ingratitud del pecador; pero aun es mayor mi asombro cuando miro la paciencia, la misericordia de mi Dios. Su generosidad se aumenta en proporcion á nuestra ingratitud: cuando mas injurias recibe, se postra ante su eterno Padre y le ofrece la oracion mas fervorosa por nuestro remedio. Cada gota de sangre, que derrama, es un manantial de gracias y beneficios para nosotros; y en cambio de la muerte que le damos, nos ofrece una vida feliz y bienaventurada. Sin esperar á que reparemos la ofensa, él mismo nos busca, nos llama, satisface nuestra deuda, nos proporciona la mas fácil reconciliacion, nos convida con su amistad y con su gloria, y nos otorga el perdon mas cumplido de todos nuestros delitos en el momento mismo que queremos.

Esta es y ha sido siempre la conducta del pecador con su Dios, y

de Dios con los pecadores. Y ¿es posible, que no amemos de corazón á semejante abismo de bondad? que no sirvamos con el mayor ahinco á esta fuente inagotable de amor? que no imitemos un ejemplo tan edificante de paciencia y resignacion? que no perdonemos de corazón las injurias de nuestros hermanos? que abriguemos el cruel veneno del rencor y la venganza?

¡Débil mortal, criatura miserable! ¿son acaso hechura de tus manos los que te han ofendido? ¿Es infinita, por ventura, la distancia que media entre tu dignidad y su vileza? Vuélvete enhorabuena furioso contra la víbora que te ha mordido, y contra la zarza que te ha lastimado: acaba con la vida de aquélla, y arroja ésta al fuego para que no vuelvan á molestarte. Pero ¡contra el hombre! contra el hijo de tu mismo Padre! contra el miembro de tu mismo cuerpo! contra el individuo de tu misma naturaleza! contra el hombre, obra de un mismo Dios, redimido con una misma sangre, llamado á una misma Religion, criado para una misma gloria!—Ah! que las fieras se arrojen enfurecidas sobre su presa y la despedacen, aunque ningun daño les haya causado, nada tiene de particular, porque ni conocen mas felicidad que el deleite de sus sentidos, ni mas ley que la de la fuerza, ni mas regla, que su comodidad propia. Pero el hombre, cuya razon le demuestra con claridad, que la venganza es contraria á su naturaleza, puesto que cuando es mas cruel y vengativo, tanto es mas inhumano ó ménos racional; que el hombre, que desde su nacimiento tiene grabada en su corazón la ley de la clemencia y mansedumbre; que el cristiano, discípulo de un Señor tan paciente y benigno, y que conoce la imposibilidad de conseguir el perdón de sus delitos, mientras no perdona él las injurias y profese un amor verdadero á sus enemigos; que este hombre, olvidado de sus deberes sociales y religiosos, abrigue en su interior el espíritu de venganza, se deleite en conservar el rencor y la enemistad, esto es lo que arrebató justamente mi admiracion. Y en verdad ¿qué motivo os ha dado para esto vuestro prójimo? por qué le negais vuestra amistad? por qué habeis roto las relaciones con él? por qué huís de su presencia? ¿A qué ese empeño de publicar sus defectos, y ese disgusto que os causa el elogio de sus bellas cualidades? ¿De qué proviene ese interés que os tomáis en derribarle, destruyendo su hacienda, y denigrando su reputacion? ¿Os mueve á esto su malicia, su crueldad, su vida desarreglada y escandalosa? Pero en ese caso, debierais separar el vicio de la naturaleza, el defecto de la humanidad; porque muy bien se puede amar entrañablemente al hombre, aborreciendo al mismo tiempo sus crímenes. Debierais, en cumpli-

miento de vuestro deber, procurar sacarle por todos los medios posibles de estado tan lastimoso, para que todo cuanto en él quede, sea amable á vuestros ojos. De lo contrario, seria aumentar el mal, exasperándole, provocando nuevamente su ira, y colocándole cada día en nuevos precipicios.

Pero, ay! yo no puedo ocultaros una reflexion á que da lugar vuestra conducta. ¿En qué consiste, que hasta que os ha injuriado, no habeis advertido esas debilidades, esos defectos, que siempre ha abrigado? Cuando conservaba vuestra amistad, era tan injusto, tan blasfemo, tan cruel, tan impio como ahora; y á pesar de eso, no os parecia tan odioso y despreciable, buscabais pretextos con que cohonestar ó excusar sus vicios, y, á lo mas, os compadecia su situacion; pero no abandonabais por eso su amistad. Llegó por fin á alcanzarnos su injuria, os causó un leve daño, y esto solo fué suficiente para excitar vuestro enojo, vuestro odio contra él: ya os creéis autorizados para llenarle de diatribas, para infamarle, para romper con él. No es, pues, el celo de la honra de Dios, ni el bien espiritual de vuestro prójimo, sino la injuria que os ha hecho lo que os mueve á obrar así. Vuestro interés, vuestro amor propio, vuestra vanidad son las teas que han encendido en vuestro corazón el fuego implacable de la venganza.

¡Ah vil mortal! gusano despreciable! qué conducta tan criminal y detestable es la tuya! Compara la injuria que has recibido con la que has hecho: ¿qué supone tu honor, tu fama, tus intereses, tu vida misma, en que puede haberte ofendido tu hermano? Nada, si se compara con la magestad de Dios, á quien has ofendido tú. Mide la desigualdad que puede haber entre ti y tu enemigo, y la mil veces infinita distancia que hay de Dios á ti. Examina los títulos que obligan al hombre á complacerte, y los justísimos é innumerables motivos que tiene Dios para exigir de ti la mas ciega obediencia, la gratitud mas humilde, la mas inviolable fidelidad. Observa tu conducta para con él, y la de tu Dios para contigo. ¡Qué oprobio, qué confusion! Indigno eres del renombre glorioso de discípulo de Jesucristo, de aquel Señor cuya conducta debieras imitar, y cuyas leyes te es preciso obedecer. Dirás acaso, que su conducta es un portento de caridad, tanto mas inimitable cuanto mas asombroso; y así es en verdad, hablando del exceso infinito de su amor. Pero Dios, dice san Agustin, jamas ha mandado á los hombres cosas imposibles, antes bien, en el mero hecho de imponernos el precepto, nos da á entender, que si á cumplirlo no alcanzan las débiles fuerzas natura-